



Universidad de
los Andes

Clase Magistral Acto Aniversario UANDES

“Problemas de la Democracia en la edad posmoderna”

Chantal Delsol, filósofa y profesora de la Universidad Paris-Est Marne-la-Vallée

Constatamos que nuestras democracias enfrentan problemas importantes. En el siglo XX, la época de entre guerras conoció una crítica severa de las democracias corrompidas y decadentes. Por esta razón, se justificaron dictaduras, y florecieron regímenes autocráticos en los años 30. Estas autocracias, dictaduras o totalitarismos, dejaron tras ellas tantos desastres que el período siguiente mostró, a la inversa, un gran fervor democrático. Los años 1950-2000 son aquellos años en los que no se permite matizar la alabanza de dicho régimen. La caída del muro de Berlín en 1989 suscitó en muchos europeos una loca certeza: la democracia representaría el régimen del “final de la historia”, sin consecuencia ni alternativa posible, literalmente irremplazable. Sin embargo, el nuevo siglo ve las cosas cambiar. Aparecen algunas críticas. Disfunciones y desilusiones. Allí estamos.

De un modo general, el momento contemporáneo se caracteriza por el exceso, la ignorancia de los límites. La democracia padece esa tendencia.

Desde un siglo, algunos creen que la democracia podría aplicarse en todos lados. El primer autor en haber desarrollado esa idea es John Dewey. Él pensaba que nuestros problemas serían resueltos si todos los sectores de la sociedad se democratizaban. Por ejemplo, podríamos democratizar la empresa, las fuerzas armadas, la universidad, la familia, etc. Es de hecho lo que se intentó realizar después de la crisis de 1968. Pero esto no puede justificarse y, además, no consigue sino perversiones. Si usted democratiza las fuerzas armadas, usted perderá la guerra. Si usted democratiza la universidad o la familia, ya no habrá transmisión. ¿Por qué? La democracia fue pensada únicamente para la sociedad civil, y no para las sociedades particulares. ¿Y por qué? Porque la sociedad civil está hecha de hombres libres e iguales, y solo tiene como objetivo el vivir

juntos de los ciudadanos libres. Pero ese no es el caso de las sociedades particulares. Dewey y sus sucesores cayeron en la trampa de lo ilimitado. Creen que, para responder a los problemas de la democracia, hace falta más democracia. Hoy en día, muchos creen que, para responder a los problemas de Europa, hace falta más Europa. Se cree que, porque un principio es bueno, hay que convertirlo en absoluto. Pero la existencia humana no funciona de ese modo. En los humanos, nada es absoluto. Y como decía Montaigne, ¡incluso la virtud tiene límites! Todo (los principios, las conductas, e incluso las virtudes) deben autolimitarse. De lo contrario, caemos en perversiones.

Así, se quiso convertir a la democracia en un absoluto. Se quiso hacer una ideología, esto es, un sistema global que explica todo y que resuelve todas las dificultades. Es lo que describe bien Vaclav Havel en su discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas (1992). En ese momento, llevaba tres años dirigiendo su país. Y confiesa que, en un principio, comprendió mal la democracia. Saliendo de años de comunismo, creyó que la democracia era un sistema ideológico, como una herramienta capaz de resolverlo todo. Pero se percató de que era antes una actitud, una mentalidad, una cultura, integrada a este mundo finito. No basta entonces con aplicar la democracia. Es necesario que una sociedad se acostumbre. Concluye entonces su discurso afirmando que hay que ser paciente: “no se tira de una flor para que crezca”.

Y esto nos permite comprender porque no logramos exportar la democracia más allá de nuestros países de cultura occidental-cristiana. Queremos promover la democracia en todos los rincones. A partir de presiones económicas, a partir de discursos críticos, y también para derrocar dictadores. Pero no funciona. En los países de África o del Medio Oriente, donde contribuimos a la caída de dictaduras, las dictaduras no fueron reemplazadas por una democracia, sino por el fundamentalismo islámico. ¿Por qué? El universalismo fue mal comprendido, hasta el punto de haber sobrepasado los límites.

La democracia no es un sistema o una herramienta que uno pudiera prestarle a su vecino. Es una cultura, una cultura de la libertad que viene de lejos, y que no florece en todos lados. Esta cultura de la libertad produce primero sociedades civiles específicas, incluso antes que surja el derecho de votar. Si llevamos el derecho a voto a lugares donde no hay sociedades civiles ni cultura de libertad, se produce la tiranía y el caos. Actualmente, la mitad de los países del mundo en vías de democratización, son democracias iliberales: tienen el derecho a voto, pero no poseen ni sociedades civiles ni cultura de libertad. Si se prefiere, una sociedad debe ser culturalmente liberal (en el sentido político) para poder volverse políticamente democrática.

Por otro lado, algunos sospechan que el régimen democrático no sería capaz de responder a la amplia paleta de nuevas dificultades mundiales. Puede mencionarse el escepticismo reciente (desde Hans Jonas) respecto de las capacidades de la democracia para responder las cuestiones climáticas. En *The first global revolution*, informe de King et Schneider para el Club de Roma, se dice que la democracia es insuficiente a la hora de proponer soluciones: no podremos responder a las dificultades del clima con la libertad. La democracia es cuestionada por la ecología.

Los problemas que enfrenta la democracia son hoy mucho más profundos e inquietantes que aquellos descritos por Salazar y Mussolini. Ocurre que la evolución de la post modernidad contradice algunos fundamentos de la democracia. Se trata de problemas estructurales. Ellos provienen de una evolución doble, que es propia de la post modernidad en los países de cultura occidental:

(i) La racionalización del mundo mental y social, que responde a la tecnificación del mundo. El resultado: una confianza exclusiva en todo aquello que es científico y técnico.

(ii) El deseo de paz que, por razones muy comprensibles, nos gobierna desde la segunda guerra. Resultado: el desplome de las convicciones y visiones del mundo.

Estas dos características se asocian para quitarle a la democracia sus distinciones constitutivas. No es como en el período de entre guerras, que la democracia desmerezca; es que ya no queremos sus presupuestos –ella pierde su atractivo, pierde su aura a nuestros ojos.

Pragmatismo y consenso

Con su cortejo de horrores, el siglo XX suscitó el pacifismo. Y el sentimiento bastante compartido que las creencias (religiones, ideologías) engendran las guerras, por la tendencia al fanatismo que les es propia. La edad contemporánea rechaza las verdades para salvar la moral, olvida las creencias para ganar la paz. La desaparición, después de la religión, de las ideologías (y, en general, de los “grandes relatos”) se acompaña de la voluntad de impedir que nazcan en el futuro otras creencias, para librarnos de los horrores futuros. El que no tiene creencias no tendría ningún motivo para utilizar la violencia.

Esto explica el éxito del pragmatismo en política, y el descrédito en el que cayeron las convicciones. Un gobernante legítimo reforma porque “funciona”, y no en razón de su creencia en tal o cual principio. Y si tiene convicciones, le conviene disimularlas bajo la apariencia, hoy virtuosa, de pragmatismo –a falta del cual se arriesga a ser visto como un enrabiado peligroso. Se dirá que el pragmatismo debe inscribirse en un sistema de creencias: esto funciona, pero ¿para ir en qué dirección? Para ir allí donde todo el mundo quiere ir: hacia la mejor vida material posible, en el respeto de las tradiciones culturales locales. Pues el abandono de las grandes creencias deja intactas las tradiciones, que atraviesan toda la sociedad: la igualdad en Francia, por mencionar un ejemplo. La política pragmática ya no hace valer su fervor hacia determinadas creencias, sino su eficacia en el seno de una comunidad cultural.

La democracia moderna se funda en la idea según la cual el tiempo tiene dirección y que las sociedades humanas progresan. La política se comprende entonces como un combate entre diversas convicciones por el mejoramiento de la condición humana. La democracia es el régimen de la incertidumbre, allí donde las decisiones humanas están siempre en debate. No consiste en borrar los conflictos, sino en asumirlos. Es la aceptación de la pluralidad de voces, de partidos, de corrientes de pensamiento o de visiones de mundo. Pero el siglo XX dejó tras de sí la angustia de los conflictos, y el deseo ardiente de borrarlos, de disolverlos. El desarrollo del consenso en lugar del voto mayoritario (que se observa en las instancias internacionales o europeas) capta cada vez más el interés.

Así, nuestras sociedades tienen creencias religiosas e ideológicas débiles o inexistentes. Ellas olvidaron la trascendencia e ignoran que se puede haber un criterio absoluto o superior del Bien y del Mal. Están sumergidas en un mundo a la vez inmanente y carente de esperanzas particulares respecto del futuro.

Al mismo tiempo, se trata de sociedades con un fuerte potencial económico y apegadas al confort material; o, para decirlo de otro modo, son sociedades en las cuales (dada la debilidad de creencias espirituales) las querellas tocan de manera casi exclusiva los intereses. Esto pueden siempre, más fácilmente que las creencias, ser objeto de concesiones o compromisos. Había disputas muy violentas respecto del filioque o de la línea del Materialismo Dialéctico. Pero todos pueden concordar fácilmente sobre la elevación general del nivel de vida. Si soy protestante y usted es católico, no podemos negociar. Pero si quiero venderle esto más caro de lo que usted quiere comprarlo, entonces siempre podremos negociar.

La democracia moderna (que difiere en esto de la democracia de los antiguos griegos) implica un cara a cara, y luego un debate entre visiones de mundo, opiniones y convicciones. La democracia implica que la dirección a la cual debe dirigirse la sociedad no es nunca del todo cierta: es plural, y es entonces objeto de un combate, y el fin de las instituciones es precisamente que ese combate sea civilizado.

Con el eclipse de las visiones de mundo y de convicciones, el debate sobre la dirección que debe asumir la sociedad se disipa naturalmente. Es normal que el consenso sea llamado a reemplazar el debate, en ausencia de auténticas disyuntivas.

Las sociedades que ya no tienen creencias afirmadas buscan entonces exclusivamente la paz, entendida como el bien supremo. La desaparición de creencias la trae de nuevo a tierra: ya que están entregadas a la inmanencia, buscan el confort en la paz. La paz y el confort son las dos referencias en torno a las cuales la unanimidad se logra fácilmente. La aversión hacia los fanatismos inspirados por las creencias engendró un ardor infinito por esta paz comfortable.

El consenso expresa la idea según la cual el bien común no se funda en una verdad basada en certezas fundamentales, aunque difíciles de descubrir. Sería más bien el resultado de decisiones pragmáticas y de circunstancias, siempre buenas si el conjunto puede ponerse de acuerdo. La obtención de este acuerdo no significa que se acepte humillar algunas visiones del hombre en vistas de la paz social. Pero significa que no hay visiones de mundo, sino sólo una situación compleja frente a la cual hay que encontrar un acomodo.

A este respecto, la aspiración a la unanimidad, en una atmósfera de descrédito del voto mayoritario, traduce una desvalorización de la opinión personal. La democracia participativa trae los sistemas de palabra y las asambleas primitivas al consenso. Consiste en un procedimiento que, a fuerza de discusiones, a veces largas y laboriosas, termina por persuadir la opinión personal de rendirse a la voz común. El objetivo es que realmente todas las voces se fundan en una sola: que no haya más conflicto.

La idea de consenso reaparece hoy después de siglos de expresión del sistema mayoritario. Encuentra sus explicaciones en un agotamiento, interpretado de diversos modos, de la democracia misma. Tocqueville había predicho una relativización general de las opiniones y certezas en razón de la igualdad democrática: ya que soy igual a mis vecinos, ¿por qué mi opinión valdría más que la suya? El llamado al consenso traduce un agotamiento de la disputa y del debate, al mismo tiempo

que una renuncia a la idea de verdad que está detrás. Los conflictos se vuelven inútiles si deja de haber verdad.

Nadie duda que una sociedad gobernada por el consenso se ahorraría la energía y la fatiga del disenso; sin contar la permanente inquietud que habita el disenso. El consenso lleva consigo el valor de la unión comunitaria, mientras que el disenso lleva consigo el valor de la libertad personal.

Un nuevo tipo político aparece: se habla de gobernanza en lugar de gobierno.

La gobernanza podría borrar los conflictos porque presupone que los hombres ya no tienen creencias, sino sólo intereses. Es la culminación de una vieja idea que nació en el siglo XVII: el reemplazo de la guerra por el comercio, del héroe por el mercader.

La gobernanza impone entonces un mundo des-sublimado, en el que cada uno se satisface de su confort material y todo lo que va aparejado. Dado que existen sólo intereses, todo debe poder negociarse. La gobernanza es un gobierno procedural que está preocupado esencialmente por la gestión, la técnica, la dimensión pragmática.... Todo lo que conviene a un mundo materialista en el que se busca un bienestar cuantificable por definición

La desconfianza y la tecnocracia

El pragmatismo, vamos a verlo, mantiene la tecnocracia. Pues el olvido de las creencias, de las convicciones, deja a la ciencia como única dueña del poder. La racionalización del mundo y el primado de la ciencia y de la técnica, que engendra la tecnocracia, responde también al horror de los conflictos: no hay más conflictos ni querellas frente a la afirmación científica.

El triunfo contemporáneo de la técnica compromete a la política misma en la vía tecnificadora: debe gobernar aquel que sabe. La prerrogativa de la ciencia lleva nuestra política a volver, en política, hacia las preferencias platónicas (el déspota ilustrado de Platón).

Debe recordarse que la discusión entre Platón y Aristóteles, en la época de Pericles, guardaba relación con la cuestión de la competencia política. Platón confía el poder al que sabe: con ese argumento, rechaza la democracia, que entrega el poder a todos. Aristóteles, al contrario, cree que el poder no es cuestión de saber, sino de juicio recto, ese juicio que todo el mundo puede tener. Toda la pregunta por la desconfianza o la confianza ya se encuentra allí: ¿puede tenerse confianza en la voz popular a la hora de tomar decisiones? Esta pregunta atraviesa los milenios. La respuesta aristotélica funda la democracia. La respuesta platónica funda los gobiernos autocráticos,

ya sean teocráticos (Donoso Cortés, Bonald), totalitarios (Lenin) o dictatoriales (Mussolini). Y es también la respuesta platónica que funda la tecnocracia contemporánea: el gobierno de la competencia viene a injertarse sobre la democracia, y así la invalida.

La democracia moderna nace en los monasterios de san Benito en el siglo sexto, y luego en las ciudades italianas del siglo XII, y luego con la Carta Magna inglesa. Esta enteramente fundada en la confianza respecto del juicio de la persona particular –la grandeza de la persona, que la hace digna de elegir su propio destino (educar a sus hijos, elegir a su cónyuge, ser propietario de su tierra). La confianza en el juicio popular no es entonces una mascarada, un espejismo ni una ilusión; sino una convicción profunda según la cual el buen sentido y el sentido moral común, permiten al hombre del pueblo poder tomar decisiones tan buenas como los sabios, si hay que defender la paz o la guerra, o privilegiar la libertad y la igualdad (los ejemplos históricos que guardan relación con la historia del nazismo o del comunismo muestran bien que las elites se equivocan tanto o más que el pueblo).

Se sigue de aquí otra afirmación: lo propio de la democracia es la aceptación de la contingencia –los ciudadanos toman decisiones que son juicios de sentido común, se sitúan en un mundo aleatorio (el mundo sublunar de Aristóteles). Camus decía (*Actuelles 1*, OC Essais Gallimard 1965, p. 1580): “la democracia es el ejercicio social y político de la modestia”; y también señalaba: “este régimen no puede ser concebido, creado y sostenido sino por hombres que saben que no son todo”. Como puede verse, la decisión democrática es la antítesis de la ciencia, que afirma con certeza e ignora la tolerancia y la modestia. La tecnocracia contemporánea, heredera de la autocracia ilustrada de Platón, avanza en el nombre del TINA, “there is no alternative”. Afirma en el nombre de la ciencia y sin duda, pues se pretende objetiva –y, entonces, no es tolerante.

Sin embargo, una decisión política y científica no existe. La política guarda siempre relación con lo humano, que es siempre contingente. Definir el bien común de una sociedad no podría ser cuestión de ciencia: es un arte, y en consecuencia siempre sujeto a discusión. La tecnocracia yerra sobre sí misma. La prueba es que, aunque se pretende objetiva, la tecnocracia europea contemporánea está en realidad al servicio de cierta visión del mundo, que podríamos llamar liberal-libertaria. Impone sociedades de mercado y una mirada libertaria de las costumbres, el cosmopolitismo y el fin de las fronteras, en nombre del progreso inevitable y fatal, y de un sentido de la historia que se presume objetivo (todo lo que no va en la misma dirección es regresión o des-civilización).

El despliegue de esta visión del mundo que se pretende objetiva, y que es asumida por las elites, engendra el fenómeno llamado populismo. Los pueblos, que tienen pocas palabras y ningún teórico.

Cuestionan el cosmopolitismo, el fin de las fronteras y de identidades, el liberalismo de las costumbres, la sociedad de mercado. Los populismos son respuesta a democracias que han renunciado a un pluralismo auténtico. Representan uno de los problemas más inquietantes de las democracias actuales. El fenómeno populista es a la vez una petición de democracia y una destrucción de democracia, pues consagra una franca ruptura entre dos clases políticas: las elites (educadas, con diploma, urbanas) y pueblo (sin educación, que viven en la periferia o en las ciudades medias que se han despoblado). La ruptura se profundiza y es inmensa, pues concierne no solamente la sociología o el lugar de vida, sino también la visión de mundo. El pueblo es identitario y conservador, mientras que la elite es liberal-libertaria y cosmopolita, pero con una certeza propia de la certeza científica, más que como opinión (por lo mismo, carece de tolerancia). El pueblo no es considerado como un adversario leal en el juego democrático, es despreciado como si le faltara comprensión. Las elites no paran de decir: “no les hemos explicado lo suficiente”.

Vamos probablemente hacia una fase post democrática, que de algún modo ya comenzó – basta ver como son tratadas las corrientes populistas: no como corrientes políticas con las cuales hay que debatir, sino como un enjambre de idiotas cuya palabra habría que impedir (de hecho, se pide periódicamente que el pueblo vuelva a votar cuando votó mal, ya se ha hecho en elecciones que guardan relación Europa).

Esta desintegración del pueblo en dos partes es extremadamente grave. Hay desprecio y odio de los dos lados. El fenómeno recuerda a Cicerón: “Escipión busca explicar cómo es posible que se hayan visto dos soles, en lugar de buscar por qué en una sola y misma república hay dos senados y casi dos pueblos” (De Republica, I, XIX).

Es poco decir que la tecnocracia es la muerte anunciada de la democracia. Cuando la democracia entrega el poder a los técnicos, es porque es el fin de su historia (R. Simone, *Si la D fait faillite*, Gallimard, 2016, p. 86). Vemos hoy emerger y desarrollarse todo un discurso sobre la incompetencia del pueblo. La confianza en el buen sentido, confianza que la democracia tanto necesita, se hunde literalmente. Los técnicos, que creen saber mejor que el pueblo lo que es mejor para él, producen burocracias verticales, inmóviles y secretas. El poder pertenece desde ahora a los tecnócratas de alto grado y a los grupos de interés que sirven. El retorno del platonismo es la

tentación permanente de Occidente, como la recaída en una vieja adicción (Platón, Las leyes, 701a: “la pretensión del vulgo a hablar de todo”). Porque, en el fondo, la confianza en el buen sentido popular, que manifiesta la democracia, no es verdaderamente natural: lo que es natural, la pendiente, es el desprecio de las clases educadas respecto de las clases vulgares. Y recaemos sin cesar.

La tecnocracia extenúa la democracia porque, bajo la apariencia de poder científico, es un nuevo despotismo ilustrado, y en consecuencia levanta revueltas. Recordemos que ningún régimen es inmortal, como ninguna cosa humana lo es. Ningún régimen es el “fin de la historia”.

Como puede verse, si la democracia siempre enfrenta problemas, los de hoy no son los mismos que los del siglo pasado. Los de hoy son profundos, porque conciernen las raíces del régimen. La post modernidad querría emanciparse de las convicciones que conllevan conflicto, y de las incertidumbres del sentido común. Sin embargo, ambas son raíces de la democracia moderna:

- (i) El sentido común, o buen sentido, que es accesible a todos, representa la persona con su conciencia y libertad. Nos recuerda que todos son personas, capaces de elegir su destino y el destino común.
- (ii) Las convicciones en debate traducen la incertidumbre sobre el sentido de la vida y, esencialmente, el hecho que el hombre es libre.

Estas raíces ya no son queridas. Pero deberíamos restaurarlas si queremos preservar las democracias.